

Karl Marx y el aporte del marxismo para las Ciencias Sociales del siglo XXI

Karl Marx and the contribution of marxism to the Social Sciences of the 21st Century

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Universidad Nacional Autónoma de México

«Por primera vez se erigía la historia sobre su verdadera base; el hecho palpable, pero totalmente desapercibido hasta entonces, de que el hombre necesita en primer término comer, beber, tener un techo y vestirse, y por lo tanto, trabajar...».

Federico Engels y Karl Marx, 1877.

Más allá de los reiterados discursos, siempre renovados y siempre falsos, sobre la muerte del marxismo, o sobre la crisis del pensamiento crítico, o en torno del fin del socialismo y de las utopías, que han vuelto a ser relanzados con cierta fuerza después de la caída del Muro del Berlín en 1989, sigue siendo un hecho incontestable la necesidad y cada vez más urgente presencia, actualización y desarrollo de *perspectivas críticas*, en el plano de la teoría y de los diversos análisis sobre las sociedades contemporáneas de todo el mundo, que sean capaces de abrir caminos y de proponer salidas *alternativas* a este mundo capitalista que continua aún desarrollándose, y que cada día que pasa se presenta más y más evidentemente como un mundo explotador, opresivo, injusto y discriminador en una escala cada vez más insoportable e intolerable para toda la gente.

Además, y al revisar el paisaje general de las ciencias sociales más contemporáneas, siempre resulta claro que, más allá de estas repetidas declaraciones sobre el fin del marxismo —que ha sido enterrado decenas de veces para reaparecer y resucitar con más fuerza otras tantas ocasiones—, dicho paisaje se encuentra totalmente influenciado, en lo que se refiere a estas manifestaciones del pensamiento crítico, y a las posiciones siempre más innovadoras y de vanguardia en todos los campos de este análisis múltiple de lo social, por dicha herencia e impronta del marxismo original, y después de las diversas tradiciones de los múltiples marxismos del siglo XX^[1].

1.- Una corriente que ha subrayado con especial énfasis esta dimensión del marxismo como *horizonte general del pensamiento crítico contemporáneo*, tratando de aplicarlo además de una manera muy creativa y muy radical, ha sido la importante Escuela de Frankfurt. Por ello, la extraordinaria *actualidad y vigencia* de muchos de sus planteamientos principales. Al respecto, y por mencionar solo algunos de los textos más importantes, cfr. Theodor Adorno, *Minima Moralia*, Taurus, Madrid, 1987, y *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid, 1975. También el texto de Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969, y de Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Sur, Buenos Aires, 1969, *Teoría crítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974, *Historia, Metafísica y escepticismo*, Alianza editorial, Madrid, 1982, *Ocaso*, Anthropos, Barcelona, 1986, y *Teoría tradicional y*

Algo que siendo evidente en *todas* las ciencias sociales actuales, se halla igualmente presente dentro del campo de la historiografía contemporánea, es decir de la historiografía que, en sus muy diversas modalidades, se practica hoy en día a lo largo y ancho de todo el planeta. Porque cuando intentamos, de una manera conciente, llevar a cabo un análisis histórico que sea realmente *científico* y verdaderamente *explicativo* y *comprehensivo* de las realidades que investigamos, nos vemos entonces obligados a inscribirnos dentro del horizonte global del pensamiento crítico actual, y con ello dentro de una línea de filiación intelectual que es simplemente *incomprensible* sin esa raíz fundadora y estructurante que es la perspectiva crítica del marxismo original.

Porque cuando rechazamos también abiertamente, volver a hacer la historia aburrida, complaciente, cómoda y estéril que todavía hoy practican los historiadores positivistas de todo el planeta, entonces se nos impone de inmediato la necesidad de intentar construir y elaborar una historia *nueva* y *diferente*, que será también sin duda una *historiografía crítica*. Una historia genuinamente *crítica*, que, en consecuencia, nos remite directamente a lo que han sido los fundamentos mismos de la *historiografía contemporánea actual*, es decir de la historiografía todavía hoy vigente que arranca su periodo de existencia precisamente con esas versiones primeras del marxismo original, las que al romper con los discursos historiográficos que fueron dominantes durante los tres primeros siglos de la historia de la modernidad capitalista, sentaron

las bases de *toda* historia crítica posible en la actualidad.

Ya que la historia crítica *no* es un proyecto reciente, ni una preocupación que haya aparecido solo en los últimos tiempos, sino que es, en las *modalidades específicas que hoy presenta*, un proyecto que prácticamente acompaña, desde su propio nacimiento, a los discursos y a las formas de hacer historia que hoy podemos llamar estrictamente *contemporáneas*. Formas que habiendo comenzado su desarrollo singular, como ya lo hemos apuntado, desde la segunda mitad del siglo XIX cronológico, se han desarrollado y complejizado de diferentes maneras, para mantenerse hasta el día de hoy como las específicas formas *vigentes* de hacer historia en la actualidad.

Pues cuando remontamos hacia atrás el hilo del tiempo, a la búsqueda de los orígenes históricos de los tipos de historia que hoy son todavía vigentes en el mundo entero, resulta claro que dichos orígenes se encuentran en esa segunda mitad del siglo XIX cronológico. Ya que es en estas últimas décadas de ese siglo XIX que se afirma, como es bien sabido, por un lado el modelo de la historia positivista que antes mencionamos, y que intenta «copiar» la «exactitud» de las ciencias naturales, promoviendo una historia puramente descriptiva, fáctica, empirista, especializada y reducida a «narrar los hechos tal y como han acontecido», mientras que del otro lado se va configurando y difundiendo, también progresivamente, la *primera* versión de la *historia crítica contemporánea*, que es justamente la historia que se encuentra incluida dentro del complejo y más vasto proyecto crítico de Karl Marx.

Así, es claro que ha sido Marx el que ha sentado los fundamentos de la historia crítica, tal y como ahora es posible concebir a esta última, y tal y como ella se ha ido desarrollando a lo largo de los últimos ciento

teoría crítica, Paidós, Barcelona, 2000. Finalmente, también los brillantes trabajos de Walter Benjamin, *El concepto de crítica de arte en el Romanticismo alemán*, Península, Barcelona, 1988, *El origen del drama barroco alemán*, Taurus, Madrid, 1990, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Contrahistorias, México, 2005, e *Iluminaciones*, vols. I, II, III, IV, Taurus, Madrid, 1998.



Trabajadores de la New England Fish Company, EEUU, en 1909 (Fuente: University of British Columbia - Library).

cincuenta años. Ya que no existe duda respecto al hecho de que, después de Marx y apoyándose en mayor o menor medida en el tipo de historia crítica y científica que él ha promovido y establecido, se han ido afirmando, a lo largo de todo el siglo XX y hasta hoy, distintas corrientes, autores y trabajos que, reclamándose abiertamente «marxistas», han alimentado de manera considerable el acervo de los progresos y de los desarrollos de toda la historiografía del siglo XX. Y entonces, lo mismo los autores de la Escuela de Frankfurt que los del llamado austromarxismo, y hasta los autores de la actual historia socialista británica o de la historiografía crítica neomarxista del «world-system analysis» (del análisis de los sistemas-mundo), y pasando por los trabajos históricos de las escuelas marxistas polaca, o alemana, o italiana, pero también latinoamericana, entre muchas otras, son todas distintas manifestaciones y proyectos intelectuales que es necesario inscribir dentro de esa vasta presencia global y den-

tro de esa herencia todavía viva y poderosa, de esa primera versión de la historiografía crítica que ha sido la historia defendida y propuesta por el propio Karl Marx.

Y si bien la caída del Muro de Berlín en 1989, ha significado sin duda la muerte de todos esos proyectos de construir mundos «socialistas» dentro de sociedades esencialmente escasas —es decir, de sociedades que carecían de las condiciones y del grado de desarrollo necesarios, en lo económico, en lo social, en lo político, y en lo cultural, para intentar edificar sociedades no capitalistas—, también es claro que eso *no* significa, para nada, el fin del discurso crítico y de la historiografía también crítica marxistas, que encuentran en cambio su fundamento, *no* en esas sociedades del que fue llamado el «socialismo realmente existente» y que hoy están en proceso de cambios profundos, sino en las contradicciones esenciales mismas del capitalismo, hoy más vivas y apremiantes que nunca, así como en la necesidad todavía vigente y urgente de la ne-

cesaria superación histórica de ese mismo capitalismo^[2].

Puesto que si es claro que, en donde hay explotación habrá lucha en contra de esa misma explotación, y si donde hay opresión habrá siempre resistencia, y si es una experiencia reiterada de la historia, que la injusticia y la discriminación sociales engendran también ineludiblemente la rebeldía y la sublevación contra dicha discriminación e injusticia, entonces también es evidente que mientras exista capitalismo habrá un *pensamiento crítico*, destinado a explicar su naturaleza destructiva y despótica, y a orientar la reflexión que ilumine la lucha contra ese capitalismo y la búsqueda de las vías concretas de su superación real. Por eso, y en contra de las visiones simplistas y siempre apresuradas de ciertos periodistas y de ciertos politólogos actuales, *el pensamiento crítico sigue más vigente que nunca*, junto a la necesidad y posibilidad de una historia igualmente crítica.

¿Cuáles son, entonces, las lecciones todavía vigentes para una historia aún crítica, derivadas de su versión marxista fundadora y originaria?. ¿Y cuáles las implicaciones que podemos derivar de estas mismas lecciones para todo el conjunto de las actuales ciencias sociales contemporáneas?. La primera de ellas, en nuestra opinión, se refiere al estatuto mismo de la historia, es decir, a la necesidad de concebir que toda la actividad que desarrollamos, y todos los resultados que vamos concretando, están claramente encaminados hacia la consolidación de un proyecto de construcción de una *ciencia de la historia*. Una ciencia de

2.- Sobre esta naturaleza específica del fundamento del discurso de Marx, cfr. el libro de Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, Era, México, 1986 y también *Definición de la cultura*, Itaca - UNAM, México, 2001. Sobre la vigencia del marxismo en el pensamiento actual, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, Centro Juan Marinello, La Habana, 2003.

la historia que, de acuerdo a la noción del mismo Marx, debería abarcar absolutamente a *todos* los territorios que hoy están ocupados por las llamadas «ciencias sociales», y que en la medida en que hacen referencia a los distintos aspectos, actividades, manifestaciones o relaciones sociales construidas por los hombres, en el pasado o en el presente, se engloban igualmente dentro de esa «historia de los hombres» cuyo estudio corresponde justamente a dicha ciencia histórica. Ciencia de la historia que entonces, y concebida en esta vasta dimensión, es para Marx una historia necesariamente *global*, una historia que posee la amplitud misma de lo social-humano en el tiempo, considerado en todas sus expresiones y manifestaciones posibles^[3].

Estatuto *científico* de nuestra disciplina, concebida en esta vasta y englobante definición, que se hace necesario reiterar ahora de nueva cuenta, tanto frente a las minoritarias posiciones postmodernas, que quieren reducir a la historia a la condición de simple juego estético, de arte, o de mero ejercicio discursivo, como también frente a las posiciones que pretendiendo «defender» una fantasmal «identidad» dura de la historia, *distinta* de las «identidades» de la sociología, la antropología, la economía,

3.- Marx será muy enfático en afirmar que *no conoce* mas que «una sola ciencia» y que esa ciencia única es la ciencia de la historia. Cfr. su libro *La Ideología Alemana*, Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1973. De ahí, el importantísimo papel que ocupa en su formación el estudio de la historia y de las obras de los historiadores, que hemos tratado de desarrollar en nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «El problema de la historia en la concepción de Marx y Engels» en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 45, num. 3, 1983. Y no es por casualidad que, por ejemplo Marc Bloch, coincida en este punto con Marx, al definir a la historia como «la ciencia que estudia la obra de los hombres en el tiempo», en su célebre libro *Apología para la Historia o el Oficio de Historiador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996. Sobre estas coincidencias, puede verse también nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Entre Marx y Braudel: hacer la historia, saber la historia» en la revista *Cuadernos Políticos*, num. 48, México, 1986.

la psicología, etc., terminan reduciéndola también al simple trabajo del coleccionista de antigüedades y del anticuario, del amante de las «cosas del pasado», erudito y positivista.

Pero si, como Marc Bloch lo ha repetido, la historia es la ciencia que estudia «la obra de los hombres en el tiempo», sólo puede hacerlo dentro de esta declarada vocación de constituirse en un determinado y claro proyecto *científico*. Y por lo tanto, asumiendo todo lo que este concepto de «ciencia» implica. Porque una simple descripción o relato *no* es todavía ciencia, como no lo es tampoco cualquier tipo de discurso, o cualquier actividad de mera recolección y clasificación de documentos, de datos y de fechas. En cambio, la idea de ciencia conlleva necesariamente la de la existencia de todo un aparato categorial y conceptual específico, organizado de una determinada manera, a través de modelos y de teorías de orden general, y que busca y recolecta dichos hechos y acontecimientos históricos, para ensamblarlos e insertarlos dentro de explicaciones científicas comprensivas, y dentro de modelos de distinto orden de generalidad, que definen tendencias de comportamiento de los procesos sociales, y regularidades de las líneas evolutivas de las sociedades, a la vez que dotan de sentido y de significación a esos mismos sucesos y fenómenos históricos particulares.

Noción fuerte de la historia como verdadera ciencia, que implica entonces que la historia, como cualquier ciencia, se haya ido configurando a partir de diferentes y complejas tradiciones intelectuales, estando atravesada por debates teóricos, epistemológicos y metodológicos, y apoyada en un amplio conjunto de teorías, de paradigmas, de modelos teóricos y de armazones conceptuales diversas^[4]. Lo que desmiente

entonces, la repetida frase de que «el buen historiador se hace en los archivos». Porque *nunca* será dentro de los archivos, en donde el historiador se pondrá al tanto de esas tradiciones, debates y teorías que conforman el verdadero edificio de su ciencia. Y de la misma manera en que el físico va al laboratorio, o el biólogo a la práctica de campo, solo *después* de haber aprendido lo que es, lo que investiga, lo que quiere comprender y resolver la física o la biología, así el buen historiador solo va al archivo *después* de que ha asimilado lo que es y lo que debe ser la historia, y luego de haber definido con claridad una problemática historiográfica determinada, desde y con las teorías, la metodología y los conceptos y categorías de su propio oficio.

Y también es claro que, aunque la historia incluye sin duda una cierta dimensión artística, y otra dimensión narrativo-discursiva, dimensiones que cuando son conocidas y bien manejadas enriquecen enormemente el trabajo y los resultados del historiador, sin embargo la historia *no* se reduce a ninguna de esas dos dimensiones, las que si bien están siempre presentes, no son nunca el elemento o momento *determinante* de la disciplina o ciencia de la historia en su conjunto^[5]. Y si la historia no

tareas esenciales de la rama de la historia que es la *historia de la historiografía*, es precisamente la de estudiar, analizar y reconstruir esas múltiples tradiciones intelectuales, junto a esos debates, teorías, conceptos, paradigmas y modelos utilizados por los distintos historiadores en el ejercicio cotidiano de su oficio. Tarea que frecuentemente olvidan quienes sólo conciben a esta historiografía como simple recuento de autores y de obras. Sobre este punto cfr. Massimo Mastrogregori, «I problemi della storia della storiografia», en *Rivista di storia della storiografia moderna*, año 8, num. 2 – 3, 1987, «Storiografia e tradizione storica» en *Passato e Presente*, año 12, num. 32, 1994, «Storiografia, A.D. 2062» en *Belfagor*, año 54, num. 323, 1999 y «Liberation from the Past», en *The European Legacy*, vol. 6, num. 1, 2001.

5.– Sobre esta dimensión *narrativa* del trabajo del historiador, vale la pena revisar el trabajo de Paul Ricoeur,

4.– Y vale la pena insistir en el hecho de que una de las

se reduce ni a arte, ni a discurso, ni tampoco a la práctica del erudito en los archivos, entonces la investigación histórica misma debería también ajustarse a su condición de verdadera ciencia, remontándose más allá de la mera búsqueda y del establecimiento de cronologías y de series de datos, y superando su condición de simple crónica de fechas, lugares y sucesos, que es a lo que la han reducido sistemáticamente esas visiones de la historia positivista que todavía hace falta criticar y superar.

Por lo demás, es también claro que si Marx concebía a la historia como la *única ciencia de lo social humano en el tiempo*, entonces hubiese estado en contra de la actual organización del episteme hoy vigente dentro de las llamadas ciencias sociales actuales, episteme que solo se afirma a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y que cuadrícula y fragmenta la unidad de esa totalidad humana social, en los supuestamente autónomos e independientes campos de lo económico, lo geográfico, lo social, lo histórico, lo político, lo cultural, lo antropológico, etc. Campos artificialmente establecidos por la actividad humana del conocimiento, que *no se corresponden* con el funcionamiento real de lo social, y que al haber establecido sus supuestamente diversos «objetos» de estudio, con sus méto-

dos diferentes y sus técnicas, teorías y conceptos siempre específicos y distintos, han terminado por provocar las múltiples, infinitas y paralizantes «especializaciones» en que hoy se fragmenta ese mismo estudio de las realidades humanas sociales en general.

Pero, si para Marx solo existe esa única ciencia de la historia, eso nos proporciona hoy una salida viable y muy sugerente frente a la crisis actual de ese episteme parcelado aún vigente, crisis que *no se resolverá* con las limitadas y solo cosméticas salidas de la «interdisciplinarietà», la «multidisciplinarietà», la «pluridisciplinarietà» o la «transdisciplinarietà», —todas ellas inviables e ineficaces, en virtud de que continúan respetando como legítima esa división del conocimiento de lo social en diferentes «disciplinas», cuando de lo que se trata es de negar radicalmente dicha división y de suprimirla— sino solamente mediante el retorno a esa visión genuinamente *unidisciplinaria* sobre lo social que es la que ha defendido y asumido justamente el gran autor de *El Capital*.

En consecuencia, esa noción fuerte de ciencia que Marx aplica para la historia, y que nos permite distanciarnos tanto del posmodernismo en historia como del limitado positivismo historiográfico, vale igualmente para *todas las ciencias sociales actuales*, acosadas también por el irracionalismo de los discursos logocéntricos posmodernos, como por las múltiples versiones renovadas del empirismo y del funcionalismo actuales, puramente descriptivos y puramente apegados al trabajo monográfico mas limitado.

Una segunda lección importante de esta historia científica promovida por Marx, y que sigue manteniendo toda su vigencia hasta el día de hoy, es el de concebir a la historia, en todas sus dimensiones, temáticas y problemas abordados, como una historia profundamente *social*. Es decir,

Tiempo y narración, 3 tomos, Siglo XXI, México, 1995 – 1996. Sin embargo, es claro que estamos en contra de las derivaciones e interpretaciones *posmodernas* de este libro, y mas en general de la exageración desmesurada y de la hipostatización de esa dimensión narrativa del trabajo histórico llevada a cabo por esas mismas posturas del posmodernismo en historia. Para una crítica muy aguda de estos puntos de vista posmodernos, cfr. la obra de Carlo Ginzburg, por ejemplo *Tentativas*, Universidad Michoacana, Morelia, 2003, *A microhistória e outros ensaios*, Difel, Lisboa, 1989, *Ninguna Isla es una Isla*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003 y *Rapporti di forza. Storia, retorica e prova*, Feltrinelli, Milan, 2000. Véase también el ensayo de Immanuel Wallerstein, «La escritura de la historia» en la revista *ContraHistorias*, num. 2, México, 2004.



Trabajadores de una fábrica de productos electroquímicos en Stangfjord, Noruega (Foto: Paul Stang, fuente: Fylkesarkivet i Sogn og Fjordane).

que además de estudiar a los individuos, a los grandes personajes de todo tipo y a las élites y clases dominantes, la historia debe investigar también a los grandes grupos sociales, a las masas populares, a las clases sociales mayoritarias y a todo el conjunto de los protagonistas hasta hace muy poco «anónimos», protagonistas y clases y grupos, que sin embargo son las verdaderas *fuerzas sociales*, los verdaderos *actores colectivos*, que hacen y construyen la mayor parte del entramado de lo que constituye precisamente la historia^[6].

6.- Vale la pena insistir en el hecho de que prácticamente *todas* las corrientes historiográficas importantes del siglo XX cronológico, con la única excepción del anacrónico positivismo y de su variante historicista, podrían muy bien ser clasificadas como diversas vertientes o caminos de exploración de este vasto universo de la *historia social*. Historia social que se ha pluralizado y diversificado tanto en los últimos cien años, que el término mismo ha

Ya que es justamente a Marx, a quien debemos la *incorporación sistemática* de las clases populares como verdaderos protagonistas de la historia, al habernos ilustrado como han sido los esclavos y las comunidades arcaicas, lo mismo que los siervos, los obreros, los campesinos y los grupos

terminado por perder un sentido minimamente preciso. Con lo cual, el problema *no está* en saber que tal corriente promueve o defiende la historia social —lo que hacen lo mismo los *Annales*, que la historiografía socialista británica, que la microhistoria italiana, o casi cualquier historiografía sería del planeta—, sino en saber *como concibe* cada autor o corriente o tendencia dicho término de esa *historia social*. A título de meros ejemplos de esta problemática, cfr. Raphael Samuel, (Editor) *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, Edoardo Grendi, «Microanálisis e storia sociale» en *Quaderni Storici*, num. 35, 1975 y todo el número especial de la revista *Historia Social*, num. 10, Valencia, 1991, titulado «Dos décadas de historia social».

sociales explotados y sometidos, los que en gran medida «han hecho la historia». Clases sociales sometidas, que involucradas dentro de un conflicto social o lucha de clases que atraviesa una gran parte de la historia humana, —y en particular, aquella que ha comenzado luego de los múltiples procesos de disolución de las muy diversas y variadas formas de la comunidad, que están en el punto de partida de *todas* las sociedades humanas^[7]—, han ido tejiendo con su trabajo cotidiano y con su actividad social permanente, pero también con sus luchas y con sus acciones de resistencia y de transformación, el específico tejido de lo que en términos concretos ha sido y es justamente la historia humana.

Y es claro que *no* hay historia científica o crítica posible, pero tampoco una sociología o economía serias, ni una antropología o psicología realmente científicas, que no tomen en cuenta, por ejemplo, a las formas de la cultura popular, o a los grandes movimientos sociales, a las expresiones de la lucha de clases o a los grandes intereses económicos colectivos, lo mismo que a las grandes corrientes de las creencias colectivas o a los diversos contextos y condicionamientos sociales generales de cualquier proceso, fenómeno o hecho social e histórico analizado.

Lo que no implica, ni mucho menos, que dejemos de estudiar a los individuos, a los grandes personajes, o a las élites, pero si en cambio modifica de raíz el enfoque tradicional desde el cual han sido, y son aún a veces abordados, estos grupos o clases minoritarias y estos individuos. Porque todo individuo es *fruto* de sus condiciones socia-

les, y son estas últimas las que determinan siempre los límites generales de sus acciones diversas. Y si bien su propia acción, es un vector que puede influir en el cambio de estas mismas circunstancias, lo es solo dentro de los márgenes que fijan las tendencias, una vez más sociales, de la evolución específica que vive esa sociedad determinada en esa época o momento también particular^[8].

Con lo cual, la historia o la ciencia social críticas son sociales en un doble sentido: en primer lugar en cuanto a que, para la explicación de cualquier hecho o fenómeno social e histórico, tienen que involucrar y hacer intervenir a los grandes actores colectivos que antes eran omitidos e ignorados, y que son *siempre* el entorno inmediato obligado, tanto de la formación como de las acciones de cualquier personaje individual. Y en segundo lugar, en el sentido de que también cualquier suceso o situación histórica o social, se desenvuelve dentro de un determinado y múltiple contexto social general, que lo condiciona y envuelve, fijándole tanto sus límites como sus posibilidades de repercusión determinada. Y parece ser claro que, una de las tendencias más marcadas de prácticamente *todas* las corrientes historiográficas que se han desarrollado durante el siglo XX, con la única y obvia excepción de la tendencia positivista de los historiadores, ha sido ésta de incorporar a los grandes grupos sociales, a las sensibilidades colectivas, a las masas populares, a las formas de conciencia mayoritarias, y a las clases y movimientos sociales

7.- Sobre este problema cfr. el texto de Karl Marx, *Formas que preceden a la producción capitalista*, Pasado y Presente, México, 1976 y *El porvenir de la comuna rural rusa*, Pasado y Presente, México, 1980. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La comuna rural de tipo germánico» en *Boletín de Antropología Americana*, num. 17, México, 1988.

8.- Lo que nos remite al complejo problema de la biografía histórica y del papel de los individuos dentro de la historia. Sobre este problema, cfr. Jorge Plejanov, *El papel del individuo en la historia*, Roca, México, 1978, Maximilien Rubel, *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*, Paidós, Buenos Aires, 1970, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La biografía como género historiográfico» en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Centro Juan Marinello, La Habana, 1999.

en todas sus expresiones, dentro de los terrenos y de las perspectivas habituales de la historia. Lo que, necesariamente, ha sido acompañado también de esa introducción sistemática de los diversos contextos sociales —políticos, intelectuales, económicos, civilizatorios, etc.— dentro de las explicaciones históricas cotidianas.

Otra lección importante de la historia y de la ciencia y el análisis social que Marx ha construido, la tercera, es su dimensión como historia, ciencia y análisis *materialistas*. Y no en el sentido vulgar, aunque muchas veces repetido, de que lo «espiritual» sea un simple «reflejo» directo o dependiente de lo material, sino más bien en la línea de que, en general, resulta *imposible* explicar adecuadamente los procesos culturales, las formas de conciencia, los elementos del imaginario social, las figuras de la sensibilidad colectiva, etc., sin considerar también las *condiciones materiales* en que se desenvuelven y apoyan todos esos productos, y todas esas manifestaciones diversas de los fenómenos intelectuales, y de la sensibilidad humana en general.

Porque las ideas no flotan en el aire, separadas de los hombres y de los grupos sociales que las producen, y los productos de la cultura, de la conciencia o de la sensibilidad, solo se hacen vigentes en la medida en que se encarnan y «materializan» en determinadas prácticas, en instituciones, en comportamientos y en realidades totalmente materiales. Lo que, sin embargo, no elimina el hecho de que el tipo de relación específica y concreta que se establece, entre esa dimensión intelectual y sus condiciones materiales de producción y de efectivización, sea un problema *abierto y por establecer*, y que puede abarcar desde la forma de la condensación o la transposición sublimada que a veces se expresa en el arte, hasta la forma del «reflejo invertido» que en ocasiones descubrimos en la religión, y

pasando por diversas y complejas variantes como la de la «traducción», la negación, la simbolización, la construcción de fetiches o las múltiples figuras de una cierta reconstrucción diferente de ese mundo material en el nivel cultural⁹.

Por lo tanto, afirmar que la historia crítica o la sociología científica, o la antropología o la ciencia política actuales, deben de ser también materialistas, solo implica que *no* es posible hacer, por ejemplo, una historia de las llamadas «mentalidades», sin considerar los contextos sociales, políticos, económicos y generales de esas mismas «mentalidades». Es decir, que debemos evitar una historia o un análisis social idealista de los fenómenos políticos o culturales o jurídicos o intelectuales, como la que ha escrito por ejemplo Philippe Aries, pero también como la que nos entregan con frecuencia connotados politólogos o juristas modernos. O también una historia puramente logocéntrica, y puramente ocupada del plano discursivo o conceptual, como la que proponen Hyden White y los demás autores que defienden el posmodernismo dentro de los estudios históricos actuales.

En cambio, la verdadera historia científica y el análisis social pertinente deben estar siempre atentos, cuando se ocupan de esos hechos, fenómenos y procesos del

9.- Es claro que esta relación que existe entre los productos y los fenómenos culturales y las condiciones materiales en que dichos fenómenos o productos se gestan, se encuentra en el centro mismo de todo posible proyecto de una historia cultural seria y genuinamente crítica. Lo que explica los límites y la pobreza enorme de la historia francesa de las mentalidades, la que *nunca* fue capaz de resolver adecuadamente este problema crucial. Frente a esto, véase en cambio el interesante proyecto de una historia cultural, naturalmente materialista y también crítica, desarrollado en general por Carlo Ginzburg en obras como *El queso y los gusanos* o *Historia Nocturna*, entre otras. Sobre este punto, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, «El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas» en *Prohistoria*, num. 6, Rosario, 2002.

llamado «espíritu humano» —y que nosotros llamaríamos más bien fenómenos de la conciencia y de la sensibilidad sociales—, de las condiciones *materiales* que acompañan y se imbrican con dichos fenómenos intelectuales, conscientes de que el tipo de relación que se establece entre ambas esferas, la material y la «espiritual», es un problema abierto y por investigar y redefinir en cada caso concreto, pero seguros a la vez de que *sin* esas condiciones materiales, no es realmente comprensible la naturaleza profunda y el sentido esencial de todos esos fenómenos de la mente y de la economía psíquica de los individuos y de las sociedades.

Y es precisamente este error, de ignorar la importancia de esa base material y de ese conjunto de condiciones reales, el que reencontramos no solo en muchas de las versiones de la historia de las «mentalidades» antes referida, sino también en múltiples historias o estudios contemporáneos sobre los fenómenos de la religión, del arte, de la literatura, de la cultura y de las ideas, que prosperan lo mismo dentro del gremio de los seguidores de Clío, que en todas las restantes ciencias sociales contemporáneas. E incluso, y muy frecuentemente, en muchas de las historias predominantemente políticas que han escrito los historiadores positivistas de América Latina y de Europa, historias donde también ese nivel de lo político parece «cerrarse sobre sí mismo» y ser totalmente *autosuficiente*, y en donde se ignoran por completo también las condiciones sociales reales y las condiciones materiales de esos procesos políticos que se estudian.

La cuarta posible lección derivada de los trabajos de Karl Marx, para una historia genuinamente crítica y para un análisis de lo social que sea realmente comprensivo y explicativo, es la relevancia fundamental que tienen, dentro de los procesos sociales

globales, los *hechos económicos*. Una lección marxista que quizá sea la más vulgarizada y la más mal interpretada de todas, por parte tanto de los historiadores, como incluso de una gran mayoría de los científicos sociales. Y ello, debido a la amplia difusión e influencia importante del marxismo *vulgar* en prácticamente todo el mundo, y a lo largo de casi todo el siglo XX cronológico. Porque esta lección *no* implica, ni mucho menos, que todos los fenómenos sociales deben de «reducirse» a la base económica, ni que la economía es la «esencia» oculta o el «espíritu profundo» escondido de todo lo social, sino simplemente —¡simplemente!— que, en la historia que los hombres han recorrido y construido desde su origen como especie y hasta el día de hoy, los *hechos y las estructuras económicas* han ocupado y ocupan todavía un rol que posee una *centralidad* y una relevancia fundamentales innegables. Lo que significa que dichos *procesos sociales globales* son incomprensibles sin la consideración de las evoluciones y la naturaleza determinada de esa dimensión económica, pero no significa, en cambio, que debamos buscar cuál es, por ejemplo, «la base económica de la pintura de Picasso», o la «estructura económica en que se apoya esa ‘superestructura’ que ha sido el arte surrealista», lo que es a todas luces una empresa ridícula y sin sentido, a pesar de haber sido alguna vez planteada por los marxistas vulgares de Francia en la primera mitad del siglo XX^[10].

10.— Felizmente, y en contra de esas simplificaciones de este aporte importante de Marx, siempre ha habido autores inteligentes que, manteniendo su perspectiva marxista crítica, han desarrollado muy interesantes análisis de los muy diversos problemas de la cultura humana y del arte, del fenómeno de la ciudad, del estudio de la vida cotidiana, del papel de la tradiciones o del rol de la religión, entre muchos otros. Nos referimos, por ejemplo, y solo para aludir a aquellos marxistas peretenecientes a las tradiciones del mejor *marxismo crítico* del siglo XX que han abordado estos temas enlistados, a las obras y trabajos

Reconociendo entonces esta centralidad de lo económico para la interpretación de los procesos sociales históricos globales, el buen analista social y el buen historiador crítico saben también que la relación específica que esos fenómenos económicos pueden tener, o pueden *no* tener con otros hechos y realidades sociales, es igualmente un problema *abierto* y por definir en cada caso concreto, y cuyo abanico de respuestas abarca, lo mismo la opción de que *no existe* ningún vínculo, o de que no existe un vínculo *directo*, y por lo tanto la conexión se da sólo a través de complejas e indirectas mediaciones de *otros* niveles y relaciones, hasta la posibilidad de relaciones claras y evidentes de determinación directa de ese mismo nivel económico, y pasando nuevamente por vínculos de dependencia, o de condicionamiento sólo general, de encuadramiento, de limitación indirecta, o de muy diversos matices de influencias de mayor o de menor peso específico.

Y puesto que ha sido Marx el primero en rescatar de manera sistemática esta centralidad de lo económico dentro del proceso histórico global, es lógico que sea también él, el *fundador* de la rama de los estudios de *historia económica* dentro del tronco mayor de la historiografía contemporánea. Rama que, desde el autor de *El capital* y hasta hoy, ha tenido una buena parte de sus más importantes representantes, precisamente dentro de las distintas corrientes y expresiones de los múltiples «marxismos» que llenan la historia y también la historiografía

de Georg Lukács en el campo de la estética y de la historia literaria, de Henri Lefebvre sobre lo rural y lo urbano o sobre la cotidianeidad, o de Edward Palmer Thompson, sobre la formación de la clase obrera inglesa. Un ensayo de reconstrucción de la compleja visión de Marx sobre, por ejemplo, la sociedad europea medieval, que está lejos de reducir todo a esas visiones economicistas mencionadas, lo hemos intentado en nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «El modo de producción feudal» en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 48, num. 1, 1986.

fía del siglo XX, y que una vez más, abarcan desde las finas y elaboradas versiones del marxismo de Marx y de algunos de los marxismos críticos posteriores, —como es el caso de algunos de los trabajos que, con cierta flexibilidad, podríamos calificar de obras de «historia económica», escritos por Lenin, por Rosa Luxemburgo o por Henry Grossman, entre otros¹¹—, hasta las variantes simplificadas del marxismo vulgar o del marxismo reducido a ideología oficial, en muchos Manuales de la antigua Unión Soviética o de los países del llamado «bloque socialista».

Una quinta lección importante para todos los científicos sociales genuinamente críticos, y por ende también para todo historiador serio, es la exigencia de Marx de ser capaces de observar, y luego de explicar, todos los fenómenos investigados «desde el punto de vista de la totalidad». Lo que quiere decir que debemos de cultivar y desarrollar la capacidad de detectar y de descubrir, sistemáticamente y en todo examen de los problemas sociales e históricos que abordamos, los diversos vínculos y conexiones que

11.— Nos referimos a los trabajos de Vladimir Ilich Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Estudio, Buenos Aires, 1973, Rosa Luxemburgo, *Introducción a la historia económica*, Pasado y Presente, México, 1976, y Henryk Grossman, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México, 1979. Para un planteamiento adecuado de esta compleja relación entre los hechos económicos y otras dimensiones de la vida social, cfr. Bolívar Echeverría, «La forma natural de la reproducción social» en *Cuadernos Políticos*, num. 41, 1984, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Economía, escasez y sesgo productivista. Desde los epigramas de Marx hasta los apotegmas marxistas» en *Boletín de Antropología Americana*, num. 21, México, 1990. Para un desarrollo más amplio del punto del papel de Karl Marx como *fundador* de la moderna rama de los estudios de historia económica, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La corriente de los *Annales* y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia», en el libro *Corrientes, temas y autores de la historiografía contemporánea*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002.



Obrera fabricando cubiertas de papel para encuadernación en EEUU, principios del s. XX (Foto: Lewis W. Hine, fuente: George Eastman Museum).

existen entre dicho problema y las sucesivas «totalidades» que lo enmarcan, y que de diferentes modos lo condicionan y hasta sobredeterminan.

Porque *no* existe problema social o histórico que esté aislado y encerrado entre ciertos muros infranqueables, sino que, por el contrario, todo problema histórico y social está siempre inserto en determinadas coordenadas espaciales, temporales y contextuales, que influyen sobre el, en distintos grados y medidas, pero siempre de modo eficaz y fundamental. Y entonces, al científico social le corresponde ir reconstruyendo, cuidadosamente y de modo articulado, esa inserción de su tema de estudio dentro de las sucesivas totalidades espaciales, temporales y contextuales que lo envuelven y

que lo sobredeterminan. Ya que es siempre una pregunta pertinente y esclarecedora, la que plantea porque tal fenómeno ocurrió en el lugar y en el tiempo específico en el que aconteció y no en ningún otro, desarrollándose además dentro de las particulares circunstancias en que ha acontecido, y en ningunas otras, lo que nos abre justamente al análisis de las diversas influencias y de las conexiones específicas que se establecen entre esas dimensiones del espacio, del contexto y de la época sobre el singular fenómeno del cual tratamos de dar cuenta.

Pues aunque parezca y quizá sea una obviedad, —que frecuentemente olvidan no obstante los científicos sociales empiristas y funcionalistas, lo mismo que los historiadores positivistas—, es claro que no es lo mismo una sociedad capitalista del siglo XX que una del siglo XVI, o que la sociedad china del siglo XIII y la sociedad europea de esa misma época, como tampoco es lo mismo un hecho social o histórico que aconteció en América Latina, que otro que sucede en Europa, o en Rusia, o en el sur de África, por mencionar solo algunos ejemplos posibles.

Y si estas coordenadas o «totalidades» más generales que son las del tiempo y el espacio correspondientes a un cierto hecho histórico cualquiera, son siempre *relevantes* y *fundamentales* para su adecuada comprensión, también lo son las «totalidades» diversas que constituyen los diferentes contextos que enmarcan e influyen sobre ese hecho histórico y social. Pues es claro que dichos contextos geográficos, económicos, tecnológicos, étnicos, sociales, políticos, culturales, artísticos, psicológicos, etc., además de *especificar* y volver más *concretas* a esas totalidades o coordenadas espaciales y temporales, —acotando al espacio como área, región, lugar, país o entorno geográfico *determinado*, y al tiempo como una época, momento, coyuntura, era o periodo igualmente *particularizado*—,

van también a establecer de manera igualmente concreta, todo el nudo de específicas conexiones que tendrá ese hecho social o fenómeno histórico investigado con esos diferentes y sucesivos medios contextuales en los que el se despliega.

Por lo cual, como lo ha explicado Jean-Paul Sartre, se impone siempre un proceso de «totalización progresiva» del problema que abordamos, proceso que reconstruye esa inserción dada del tema en esas múltiples y diversas totalidades, que son las que le otorgan su significación y su sentido globales. Reconstruyendo así, un análisis social y una historia «desde el punto de vista de la totalidad», el historiador o el científico social que adopta esta lección central de la perspectiva crítica de Marx se instala entonces dentro del terreno de un examen social global de los hechos sociales investigados, o también en el espacio claro de una historia *global o globalizante*, tal y como la han defendido y promovido también, después del propio Marx, los autores de la primera y la segunda generación de la mal llamada «Escuela de los Annales»^[12].

La lección número seis que es posible extraer del pensamiento social e histórico de Marx, es la necesidad de enfocar los problemas de la historia y de la sociedad desde una perspectiva *dialéctica*. Una perspectiva

que los historiadores y los científicos sociales del siglo XX han cultivado muy poco en general, a pesar de las ricas y profundas contribuciones que podría implicar el desarrollo, el ejercicio sistemático y la aplicación creativa de este pensamiento y de esta visión *dialéctica* de la historia y de la totalidad social. Visión dialéctica que nos invita a dejar de ver los hechos sociales y también los fenómenos y situaciones históricos como «cosas», y a la historia misma o a la sociedad actual como un conjunto de realidades muertas, terminadas y disecadas, realidades que además, estarían determinadas en *un sólo sentido*, siempre claro y siempre bien establecido. En lugar de esta última visión, tan extendida entre los sociólogos funcionalistas, los antropólogos tradicionales, los politólogos contemporáneos o los historiadores positivistas, entre otros, esta perspectiva dialectizante afirma por el contrario que todos los hechos históricos y sociales son realidades *vivas y en devenir*, a la vez que elementos de procesos *dinámicos y dialécticos* en los que el resultado está siempre *abierto* y en redifinición constante, a partir de las *contradicciones* inherentes y esenciales que se encuentran, tanto en esos mismos procesos, como en el conjunto de los hechos antes mencionados^[13].

Así, junto a la positividad de cualquier situación o fenómeno de la sociedad y de la historia, es necesario también captar su correlativa *negatividad*, mostrando por ejemplo, junto al carácter hoy dominante del capitalismo, su naturaleza irremediablemente efímera, y junto a la modernidad burguesa que hoy se enseña todavía en el planeta entero, a las múltiples modernidades *alternativas* que la combaten y que

12.- Jean Paul Sartre ha definido esta estrategia como un proceso de «totalización progresiva» en su libro *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963. La tesis que postula ser capaz de analizar los distintos problemas que abordamos «desde el punto de vista de la totalidad» fue desarrollada por Carlos Marx en su célebre texto de la Introducción general a la crítica de la economía política. 1857, Pasado y Presente, México, 1980. Para un desarrollo agudo de las implicaciones de esta tesis, cfr. Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, 1969. Y para la conexión entre esta historia asumida desde el punto de vista de la totalidad y la perspectiva de la historia global de la escuela de *Annales*, cfr. nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, Montesinos, Barcelona, 1999 y Fernand Braudel y las ciencias humanas, Montesinos, Barcelona, 1996.

13.- Sobre este punto, cfr. el ensayo de Leo Kofler, *Historia y dialéctica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974 y Karl Korsch, *La concepción materialista de la historia y otros ensayos*, Ariel, Barcelona, 1980, por mencionar solo dos ejemplos de entre muchos otros posibles.

se le resisten, negándola permanentemente. Porque para este enfoque dialéctico, la realidad social e histórica es como una manzana que sólo existe si lleva adentro el gusano que la corroe, o como un dulce que al chuparlo tuviese también un sabor amargo y agrio. Lo que explica entonces que, para este punto de vista, todo progreso es al mismo tiempo un cierto retroceso histórico, y todo «documento de cultura es al mismo tiempo un documento de barbarie», como lo ha afirmado y explicado tan brillantemente Walter Benjamin¹⁴. Y si por ejemplo la historia o la sociología son ciencias que se interesan de manera especial en el estudio del cambio histórico, es claro que no pueden captar adecuadamente a este último si no lo «atrapan» y lo perciben desde su misma cuna, desde las contradicciones y tensiones esenciales que caracterizan a cualquier sociedad histórica de las que han existido hasta hoy, tensiones y contradicciones que se reproducen y proyectan de distintas maneras en los diferentes hechos, situaciones y acontecimientos que se suceden en esas mismas sociedades.

Por eso, en la historia humana que hasta hoy conocemos, los hechos *no* son nunca de un solo sentido, y entonces es la derrota la que es la madre del triunfo, y es la guerra la que engendra la paz y a la inversa, y es por eso que «el triunfo de una idea crea siempre a la institución que habrá de darle muerte», y también es esta la razón que explica que las sociedades perecen *no* por *no* haber tenido éxito, sino mas bien por haberlo tenido en demasía. Por ello, sin ninguna duda, frente a la explotación, la opresión, el despotismo y la discriminación, que han estado siempre tan presentes dentro de los procesos de la historia de las sociedades humanas, han existido también, con la mis-

ma persistencia y regularidad, la rebeldía, la insubordinación, la resistencia y la lucha de las clases y de los grupos sometidos y explotados, en un acontecer que nos demuestra, con la fuerza de casi una ley, que los vencedores de hoy son sin fallo los derrotados del mañana. Lo que por lo demás, es una lección importante y también muy útil, para alimentar las esperanzas de cambio que hoy se afianzan y difunden con tanta fuerza en todo el planeta. Porque es solo al mas genuino pensamiento dialéctico al que se le revelan, de manera clara y necesaria, la obligada caducidad de todo lo existente y los límites y la naturaleza siempre efímera de cualquier realidad por él analizada.

Finalmente, una séptima lección del marxismo para la historiografía y para la ciencia social contemporáneas, es la de la necesidad de construir siempre una historia y un análisis social profundamente *críticos*¹⁵. Una historia o un examen de los hechos y fenómenos sociales actuales que, como lo ha desarrollado por ejemplo también Walter Benjamin, se construyen siempre «a contrapelo» de los discursos dominantes, a contracorriente de los lugares comunes aceptados y de las interpretaciones simplistas, interpretaciones consagradas sólo a fuerza de repetirse y machacarse tenazmente por todas las vías de las que dispone ese mismo pensamiento dominante.

Una «contrahistoria» y una «contrahistoria», como las llamó Michel Foucault, que *descolocándose* de los emplazamientos habituales de la historia positivista, rescate todo el haz de los pasados vencidos y silenciados de la historia, desechando las explicaciones lineales y simplistas, y elaborando una historia que sea realmente una historia profunda, compleja y sutil. Una perspectiva crítico-histórica, que sea también capaz de

14.- En su agudo ensayo, «Sobre el concepto de historia» incluido en el libro, Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, citado anteriormente.

15.- Sobre este punto cfr. el ensayo de Bolívar Echeverría, «Definición del discurso crítico» en el libro *El discurso crítico de Marx*, antes citado.

dar cuenta de todos esos fenómenos históricos desde explicaciones multicausales y combinadas, que sumando y articulando los varios elementos y dimensiones de dichos fenómenos, terminen por dar cuenta de ellos en toda su específica complejidad¹⁶.

Historia realmente crítica, pero también análisis realmente científico e igualmente crítico de los hechos sociales que, por lo demás, sólo pueden construirse desde los criterios que antes hemos enumerado y esbozado. Ya que sólo desde una noción fuerte de ciencia social o de ciencia de la historia y de sus implicaciones, es que pueden constituirse estos discursos críticos historiográficos y de ciencias sociales, los que tampoco podrán ser otra cosa que las ya referidas formas de la historia o del análisis radicalmente *social*, en la doble acepción tanto de historia o estudio de los fenómenos y procesos colectivos y sociales en sentido estricto, como también de análisis e historia siempre contextualizados socialmente, aún cuando se ocupen de las élites, los individuos o los personajes singulares. Además, será también, necesariamente, una ciencia social y una historia materialista, que reconozcan las condiciones materiales de todo fenómeno intelectual, de conciencia o de la sensibilidad, y a las que no escapará nunca la centralidad general de los hechos económicos dentro de la sociedad y dentro de la historia. Y serán por último, también una ciencia social y una historia vistas desde el punto de vista de la totalidad, y con perspectiva dialéctica, que recorrerán ágilmente los niveles de la totalización sucesiva del tema investigado, a la vez que disuel-

ven toda positividad o afirmación social e histórica en su caducidad negativa y en su «lado malo», para hacer saltar siempre el carácter contradictorio y dialéctico de los problemas que abordan.

Una ciencia social y una historia cuyos resultados habrán de oponerse, necesariamente, a los de la ciencia social y a la historia hoy dominantes, las que promovidas y divulgadas desde el poder, se regodean todo el tiempo en análisis puramente monográficos, descriptivos, y aburridos, pero igualmente legitimadores del *statu quo* actual. Ciencias sociales genuinamente *críticas*, que, sin duda alguna, deben todavía hoy muchos de sus fundamentos esenciales y de sus herramientas más importantes a ese proyecto teórico del marxismo original, cuyos ecos principales continúan resonando, a pesar de todo, más de un siglo y medio después de que fuesen formulados por el más importante intelectual de todo el siglo XIX: Karl Marx. Marx, fundador del más moderno y contemporáneo pensamiento crítico y radical, bajo cuya sombra intelectual seguimos todavía viviendo, y cuya herencia teórica seguirá vigente, necesariamente, mientras continúe con vida este injusto e irracional capitalismo contemporáneo que él mismo ayudó con tanta agudeza y claridad a diagnosticar y a entender, siempre en el ánimo de ayudarnos a superarlo para construir sobre sus ruinas un futuro realmente diferente y mejor.

Porque, si como afirmo alguna vez Michelet, hemos todavía de creer en el futuro, será solo en la medida en que estemos radicalmente dispuestos a participar en el proceso complejo de su propia construcción.

16.- Hemos intentado desarrollar el modo en que esta tradición de la historia genuinamente *crítica* se hace presente en varios autores de la historiografía francesa del siglo XX, como Marc Bloch, Fernand Braudel y Michel Foucault, en los ensayos incluidos en nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, Quinto Sol, México, 1996.

Pensar con Marx hoy

CONGRESO



ANIVERSARIO

2-6 OCTUBRE. MADRID

FIM



Fundación de
Investigaciones
Marxistas



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID



transform!
europe